

Índice

Amarás a Dios sobre todas las cosas	11
No pronunciarás el nombre de Dios en vano	45
Honrarás a tu padre y a tu madre	67
No cometerás actos impuros	95
No matarás	121
No desearás a la mujer de tu prójimo	151
No robarás	171
No dirás falso testimonio.....	191
Agradecimientos	211
Sobre el autor	213



*Amarás a Dios sobre
todas las cosas*

«**E**stoy en algún lugar elevado. Estoy colgando. Veo mujeres, veo a cinco mujeres. Tengo el cuello doblado hacia abajo. Veo mis pies descalzos, son los de un hombre. Mi piel es morena. Mi cuerpo está cubierto solo por una pequeña pieza de tela, el resto de la túnica que llevaba antes ha caído debido a la fuerza de la gravedad. Cubría la mayor parte de mi cuerpo, me envolvía, y estaba sujeta a un lado con un gran nudo. Pasado un día cayó porque el nudo se deshizo. Estoy sujeto a unos trozos de madera. Son dos troncos cruzados. Las cinco mujeres se encuentran a unos diez metros por debajo de mí. Llevan vestidos largos de lino en tonos pastel. Son prendas simples, lineales, esenciales. Parecen antiguas y muy sencillas.

»¡Es una cruz! Me han clavado a una cruz. Es un madero muy alto. Ahora ya no siento dolor. Solo experimento una gran sensación de opresión y derrota. Mi malestar simplemente está relacionado con el hecho de que estoy causando dolor a otras personas. A esas cinco mujeres. En los momentos de mayor sufrimiento me las arreglo para desapegarme de mis sentidos y no percibo el dolor, pero ellas no lo saben y, por lo tanto, padecen pensando que estoy sufriendo. Aunque todavía estoy vivo, mis funciones vitales se han reducido al mínimo».

Esas palabras salieron casi automáticamente de la boca del hombre que yacía en el sofá frente a mí. Había caído en un estado de hipnosis muy profunda y sus palabras a menudo eran interrumpidas por respiraciones largas e intensas. Después de tantos años de experiencia en hipnosis regresiva a vidas pasadas y con miles de sesiones a mis espaldas, era la primera vez que veía esa manera de respirar. No me importa decir que, aparte del significado de sus palabras, también las respiraciones profundas de aquel hombre me perturbaban mucho. Me recordaban a las del terrible Darth Vader, el personaje de *Star Wars* que me había asustado tanto cuando a la edad de diez años vi por primera vez la famosa película en el cine. Las respiraciones del hombre que acababa de conducir al estado hipnótico habían despertado al niño que hay en mí y lo habían intimidado. Debo decir que no estoy acostumbrado a este tipo de reacciones emocionales, mucho menos durante las sesiones, en las que normalmente soy yo, el

profesional, quien tengo todo bajo control. Pero esa tarde las cosas discurrían de manera diferente y al escuchar la voz casi sobrenatural que salía de la boca de aquel hombre entremezclada con aquellas respiraciones aterradoras, de repente me sentí pequeño e impotente. Como si ni siquiera tuviera el coraje de interrumpirlo.

Era un hombre de cuarenta años, a quien llamaré Jack para ocultar su verdadera identidad. Una media melena negra le cubría la nuca, y llevaba una barba entrecana de varios días. Los ojos color avellana, la mandíbula fuerte y los dientes muy blancos le conferían un cierto poder de fascinación. Alto y con un buen físico, vestía un traje formal gris de tres piezas y camisa blanca. Pero el corte del traje era a la última moda y llevaba los primeros botones del pecho de la camisa desabrochados, detalle que le daba un aspecto de todo menos formal. Cuando entró en mi consulta, lo encontré particularmente atractivo, como si estuviera envuelto en ese *glamour* que generalmente acompaña a los actores o a las celebridades. Pero no era famoso, era alguien aparentemente normal. Nada insinuaba lo que sucedería poco después.

Una pregunta que a menudo me hacen quienes vienen a estrecharme la mano o a sacarse una foto conmigo durante mis seminarios o en las firmas de mis obras es por qué los personajes de mis libros a menudo son descritos como atractivos. «¿Es posible que todos sean hermosos?», me pregunta a menudo el lector o la lectora de turno. Mi respuesta es que a mis ojos lo son. Con los años

he aprendido a ver más allá de la prestancia física y a leer la belleza de esa luz que nos acompaña a todos. Una persona universalmente bella puede no serlo a ojos del escritor, mientras que una persona con algún defecto físico puede emitir una luz con un encanto infinito. Ese era el caso de Jack.

Era el gerente de una gran corporación y viajaba frecuentemente por trabajo. No estaba casado y durante la entrevista de información y anamnesis que precedió a la sesión de regresión, evitó darme detalles sobre su vida privada cada vez que yo se los pedí. Como si no tuviera. Me pareció un detalle curioso. Hablamos de su familia de origen, pero nada más. No veía la televisión y sus pasatiempos eran hacer deporte, dedicarse a la lectura y realizar viajes de aventura al extranjero. No consumía ningún tipo de drogas, no fumaba y solo bebía alguna que otra copa de vino. En resumen, una persona como muchas otras.

Mientras tanto, el hombre había dejado de hablar. Así que me animé y decidí hacerle algunas preguntas.

—¿Puedes decirme dónde estás geográficamente?

—Estoy en Palestina.

—¿En qué parte?

—En Jerusalén.

—¿Cuántos años tienes?

—Nací en el año seis antes de Cristo.*

* Si nos atenemos a los registros históricos, lo más ajustado sería situar el nacimiento de Jesús algo antes de la muerte de Herodes el Grande, que sucedió

—¿Cómo te llamas? —pregunté entonces. Sabía que muchas personas habían muerto en la cruz. Era un método de ejecución muy común en aquellos días. Los antiguos romanos lo preferían por su simplicidad y por el hecho de que prolongaba los atroces sufrimientos de los condenados que, expuestos a la diversión pública, servían de ejemplo a los demás ciudadanos de las colonias para que respetaran las leyes romanas.

—Veo niebla, he tenido un desfase temporal, por eso no hablaba —dijo como si quisiera justificar su momento de silencio.

Durante el proceso de inducción, a veces yo mismo les pido a las personas que visualicen una ligera neblina. Es una técnica que puede ayudar en el momento de la transición a una existencia pasada.

—Me llaman de muchas maneras. Depende de cuándo me conocieran. Mi nombre de bautismo sería José. Pero elegí el nombre más común que existe: opté por llamarme Yoshua. Lo hice para pasar desapercibido y para que me confundieran con otras personas.

—¿Cómo quieres que te llame entonces? —le pregunté para evitar confusiones durante la sesión.

—El nombre no es importante. Me lo cambiaba de vez en cuando. Si hubiera sido por mí y hubiera tenido la

en el año IV antes de la Era Común, la mayoría de los estudios apuntan al año VI a. C.

Según parece, la fecha incorrectamente considerada como año I fue establecida en el siglo VI d. C. por un monje bizantino llamado Dionisio el Exiguo, quien diseñó un nuevo sistema de datación de los años para separar la era pagana de la cristiana.

oportunidad de elegir, me habría gustado ser transparente y ser solo espíritu en lugar de carne y hueso. Si quieres, llámame como me conocen ahora. Con el nombre más banal, el que todos saben: «Jesús».

«Está bien –pensé–. Mantén la calma», me dije. Yoshua era un nombre muy común en Palestina en aquellos días. Y muchas personas habían muerto en la cruz. Probablemente muchos se llamaban Yoshua.

Pero el hombre acababa de decir «Jesús». Debía de haber un error, probablemente debido a la «traducción» simultánea que nuestro cerebro aplica durante una regresión. La hipnosis regresiva no es más que una técnica meditativa que permite que la conciencia y el alma se conecten y reciban información sobre existencias distintas a la actual. Así, es el cerebro del sujeto el que se compromete a detectar e interpretar cognitivamente la información que produce el inconsciente. Se trata solo de información, aunque aquellos que desean hacer una regresión generalmente esperan ver algo. En nuestro mundo, los estímulos visuales son indispensables. De nuestros cinco sentidos, la vista es sin duda la que más utilizamos. Así que, si esperamos experimentar una vida pasada, queremos imágenes. Para no crear expectativas falsas o exageradas, por lo general explico que es realmente imposible «ver» algo. Lo que se percibe durante una regresión a una vida pasada es información en bruto, sin procesar, eso que los científicos de la computación llamarían «*raw data*» («datos sin procesar»). Es principalmente un proceso de

recopilación de información o de sentimientos sobre la propia vida, que luego necesariamente deben ser procesados por nuestro cerebro para ser entendidos. Por ejemplo, son raros los casos en los que la persona en hipnosis diga algunas palabras o reconozca un idioma extranjero, especialmente si es un idioma arcaico de hace dos mil años. Lo mismo sucede con la datación, que tiene lugar de una manera «moderna», dado que lo que se encarga de procesar la información es el cerebro de la persona de la vida actual. Jack debía de haberse confundido y haber malinterpretado la información. Pero ¿las cinco mujeres a los pies de la cruz? Pensé que en este caso también debía de ser una coincidencia. Como ya he tenido ocasión de explicar en mis libros anteriores, de los varios miles de regresiones realizadas en mi consulta, solo dos se referían a personajes históricos famosos. Por lo tanto, puedo reiterar que la probabilidad de haber sido una persona famosa en alguna vida pasada es casi nula. Ya no digamos, pues, que esa persona fuera Cristo.

¿Es posible que Jack fuera alguien perturbado y yo ni siquiera lo hubiera notado? La duda se apoderó de mis pensamientos. Como siempre, había hecho todas las preguntas de anamnesis correctas y no me había referido ningún problema psiquiátrico, ni de alucinaciones ni relacionales. Sin embargo, por fuerza debía de estar frente a una persona que sufría algún tipo de trastorno mental, en especial alguna forma de delirio lúcido, aunque esa posibilidad no me cuadraba en absoluto, ya que Jack llevaba

una vida absolutamente normal, no tomaba drogas y no me había referido ningún problema psicótico, ni de alucinaciones ni relacionales. El hombre que había entrado en mi consulta era un ejecutivo de una compañía que había decidido venir a verme solo porque una amiga muy querida había realizado conmigo una sesión de regresión y le había resultado muy satisfactoria. Durante la entrevista anterior, incluso había expresado cierta actitud escéptica sobre la existencia de vidas pasadas, así como sobre la técnica de la hipnosis misma y, según él, el único motivo para venir a verme había sido la curiosidad. Además, el hipotético delirio no estaba ocurriendo en una fase de vigilia consciente, es decir, con la persona despierta, sino en la hipnosis. Unos minutos antes, estando consciente, el hombre mostró un comportamiento mental completamente normal. Además, sabía con certeza que en un sujeto sano y sin un historial clínico de trastornos mentales, una sesión de regresión no podría ser la causa de episodios alucinatorios o psicóticos. Esta es una crítica controvertida y sin ningún fundamento empírico, a menudo utilizada por los escépticos y los difamadores de esta disciplina, dirigida principalmente a desacreditar los resultados. No obstante, me había prometido a mí mismo verificar cuáles serían las reacciones y los comportamientos de Jack al final de la sesión y, finalmente, recomendarle una visita psiquiátrica a un buen médico psicoterapeuta a quien conozco personalmente.

Por suerte para mí, mientras tanto el hombre había seguido hablando:

—Esas cinco mujeres son la razón de mi vida. Son parte de una gran familia, mi gran familia. Son ellas las que han abrazado mi credo, mi forma de vida, son la fuerza en tiempos de necesidad. Son mi oxígeno en tiempos de dificultad. Las únicas que lo han entendido todo. Han comprendido mi mensaje perfectamente.

—¿Qué mensaje?

—El mensaje de autoconocimiento que trato de difundir. No es un mensaje religioso. Las personas a mi alrededor me etiquetan como guía o maestro, pero nunca quise serlo. Todo el mundo de esa época pensó que lo era. Mi comportamiento libre, que mostró a otros cómo liberarse de los condicionamientos de la existencia, causó grandes problemas a las masas.

—¿Entonces eras una persona conocida? ¿Famosa?

—Nunca quise serlo. Me había vuelto peligroso para aquellos que querían al ser humano esclavizado y lo explotaban, y que siempre habían subyugado a las mujeres porque eran las únicas que se daban cuenta. Fui uno de los primeros en tener mujeres como seguidoras. Las llevé al conocimiento, para aumentar su seguridad interior y que entendieran que no eran ellas quienes estaban equivocadas, sino sus maridos. Los hombres tenían la capacidad de comprender que el mundo no debía ser solo opresión. Pero no parecían querer entenderlo.

»Pocos de los que me seguían entendían mi mensaje. Cada uno me identificaba como quería y pensaba que me estaba utilizando para sus propios fines. Solo las mujeres

se habían dado cuenta de que yo no era lo que los otros pensaban. Los hombres creían en la guerra y en el uso de las armas y pensaban que yo era un mesías que había llegado para resolver sus problemas terrenales. Sin embargo, cuando yo hablaba de problemas, no me refería a la idea de que las guerras de poder debían librarse contra quienes lo ostentaban en ese momento, sino que quería que las formas de poder y opresión fueran completamente abolidas. Quería que los hombres entendieran que la única manera de liberarse de su egoísmo era liberarse del poder y no liberarse del poderoso de turno que los subyugaba y luego erigirse en su lugar, porque la sociedad no cambia con las armas, sino modificando el pensamiento de los individuos.

»A menudo usaba metáforas para hacerme entender, historias simples. Las personas no quieren pensar demasiado, y es la única manera de comunicarse con ellas. Una vez les conté a los que me seguían la historia de un joven impedido. Era un grupo en aumento, pero estamos hablando de ochenta personas. Nos mudábamos constantemente de ciudad a ciudad. A menudo nos llamaban para cuidar a enfermos. El ser humano quiere que lo cuiden, pero no quiere que lo curen porque desea ser compadecido y que alguien se ocupe de él. Le dije a aquel joven que no estaba realmente paralizado y que su recuperación no dependía de mi poder real, sino de su voluntad. A la gente le gustaba la idea de que yo fuera una especie de mago.

»Incluso ahora que estoy a punto de morir, los hombres aún no lo han entendido. Estas cinco mujeres son las

únicas que realmente me entienden, y a menudo han sido denigradas por esta misma razón. Son las personas con las que más contaba, mis apóstoles. Una es mi madre, está llena de luz. Tiene el rostro ligeramente ovalado y una tez muy oscura. Más oscura que la de mi padre, cuyo rostro a menudo estaba quemado por el sol.

—¿Tu padre también está cerca de ti? —pregunté entonces con curiosidad.

—No. Está negociando mi liberación con Poncio Pilatos.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Se llama José.

—¿Por qué fuiste condenado a la cruz?

—Porque muchas personas estaban entendiendo cuál era el camino que debían seguir para librarse de su cautiverio. Un cautiverio físico y mental. Comenzaba a correr la voz de que metía en la cabeza de las personas ideas que las autoridades no podían tolerar. Por eso, ya no aceptaban las reglas que solían aceptar antes. Se estaban formando núcleos de rebelión contra las normas sociales y económicas que previamente habían sido acatadas con sumisión. Y estos grupos actuaban en mi nombre, creando elementos de insurrección. Había muchas situaciones que impedían el bienestar del pueblo. Así que yo constituía un elemento subversivo para el poder.

—Volvamos a tu madre. ¿Puedes describírmela, por favor?

—Tiene más de cuarenta y cinco años, pero aparenta veinte. Tiene los ojos color avellana. Es una persona menuda, esbelta y de estatura muy baja. Lleva una toga amarilla similar a una túnica, ligeramente cerrada por la cintura por un encaje que crea una especie de volante. Tiene el pelo liso, largo y castaño. La segunda mujer es mi tesoro, la que debería haber continuado mi misión, pero se lo han impedido. La llamaban María de Magdala, pero yo la llamo cariñosamente Mary. Tiene el pelo oscuro, negro y liso. Su cara redonda es capaz de desencadenar el eros que encarna, y que por lo general molesta a los hombres porque esa sensualidad no significa menos inteligencia o perspicacia, como ellos desearían.

»El hecho de tener una gran mente pensante siempre le ha creado obstáculos. Los hombres no aceptan la idea de su inteligencia y prefieren pensar que quien la sigue lo hace debido a su apariencia física. Es muy sensual en la manera de comportarse, y esto a menudo crea malentendidos. Ella no es más alta que mi madre, pero tiene curvas. Lleva una túnica verde pastel, similar al agua de mar.

—¿Quién le ha impedido continuar tu misión?

—Pedro. Estaba celoso de su inteligencia y del hecho de que yo pudiera darme cuenta de que ella era superior a él. La tercera mujer se llama Salomé y tiene unos hermosos ojos verdes. Es una roca, posee una fuerza extraordinaria. Lleva un vestido blanco que forma varios pliegues verticales, como si hubiera sido apedazado o cosido con varias piezas de tela juntas. Tiene modales masculinos al

caminar y un carácter extraordinario. Es muy temida por los demás por su fuerza.

»Tomó algunas decisiones drásticas para seguirme. La temen porque siempre dice la verdad y, además, cuando persigue un fin, nadie puede detenerla. No puede quedarse callada ante el abuso. Su fuerza está en abierta contradicción con su físico frágil. Es más alta que las demás, pero es muy delgada. Su cabello es ondulado, casi rizado, y más largo que el de otras mujeres. Su tez es morena, pero menos oscura que la de la mayoría de las demás mujeres. Su rostro tiene rasgos más angulares.

»A las otras dos las llamo María. Me alegra llamarlas a todas con el nombre de María, aunque a veces no sea su verdadero nombre, porque es un nombre común que las hace lo más anónimas posible y porque también es el nombre de mi madre. Siempre he intentado defenderlas para que pasen desapercibidas y no puedan ser identificadas fácilmente por las autoridades. Sigo tratando de explicarles a todos que el amor solo se puede lograr a través del amor a uno mismo. Debemos amarnos a nosotros mismos porque es la única manera que nos permite amar a los demás. Necesitamos desarrollar esa forma de energía que te permita ayudar a los demás a través de la propia luz.

»Pero los lazos que solemos formar, los lazos por los cuales tú eres la mitad de otra persona, no nos permiten difundir el amor. Cada uno de nosotros es un todo, no la mitad de otro. A veces confiamos en otra persona porque

no podemos encontrar la solución a nuestros problemas. También en esta vida trato de explicar a todos que la fuerza que se puede encontrar en las relaciones con las personas es una forma de amor hermoso, pero no suficiente. Cada uno de nosotros debe brillar con su propia luz. Solo así podremos entender el mensaje: si buscamos la divinidad fuera de nosotros mismos, no encontraremos nada.

»Dios está dentro de cada uno de nosotros. Somos parte de él. Cada vez que una persona se enfrenta a un problema, invoca la ayuda de Dios, especialmente cuando no puede resolverlo. Incluso los blasfemos realmente piden la ayuda de Dios, porque la blasfemia representa una invocación. El hombre que blasfema es un hombre desesperado que necesita ayuda, y si no encuentra a nadie que le dé apoyo, entonces busca a Dios. Es un momento de creación vinculado al hecho de que cuando no se encuentra una solución, generalmente se intenta ganar tiempo. Trasladando el problema a Dios, y mientras esperamos que nos ayude, pasa el tiempo necesario para que comprendamos la solución del problema. Lo resolvemos nosotros mismos, la verdadera ayuda divina consiste en la invocación y en la espera.

—¿No te parece un concepto que responsabiliza demasiado al hombre? ¿Demasiado pesado para absorberlo? —observé.

Las palabras de Jack habían traído a mi memoria una noción neurocientífica que se refiere precisamente al comportamiento de nuestra mente frente a situaciones de

emergencia y que explico a menudo para describir la relatividad del tiempo. Un concepto demostrado por Einstein, pero a menudo difícil de entender. El cerebro humano absorbe imágenes como si fueran los fotogramas de una película. Imaginemos que en condiciones normales absorba treinta por segundo; cuando estamos en situaciones de peligro o de emergencia, el número se duplica a sesenta, lo que nos provoca la ilusión de que el tiempo se está ralentizando. Es solo una ilusión, pero nos permite encontrar una solución ya que, de esta manera, unos segundos pueden parecer incluso minutos.

—El ser humano tiene habilidades extraordinarias que no utiliza. Para vivir una vida normal, usamos una porción muy pequeña del potencial de nuestro cerebro. El sistema social refuerza este comportamiento y esta limitación. Cada vez que sales de los cánones y descubres, incluso de manera casual, que lo que te dicen no es cierto, te excluyen y te relegan a un rincón. Si aprendes a escucharte a ti mismo, te vuelves peligroso para la organización socioeconómica capitalista porque ya no disfrutas de las cosas materiales de las que antes disfrutabas. Tienes menos necesidades.

»Por lo tanto, ya no puedes ser utilizado como una fuerza laboral de bajo coste primero y como usuario después. Si te conoces a ti mismo y conoces tu verdadero potencial, si estás en contacto con Dios, eres un peligro para quienes se benefician de mantener una situación de ignorancia general. El hombre tiene miedo de lo que no

sabe y, por lo tanto, a menudo tiene miedo de su propio potencial. Pero el peligro está relacionado con el miedo mismo. Y los que gobiernan lo saben muy bien.

»Las autoridades romanas a menudo usan el *divide et impera* ('divide y vencerás') de Filipo el Macedonio. Juegan con el miedo y alientan a las personas a temer a los demás para así poder controlarlas. Nos enfrentan unos contra otros para poder dominarnos. Todo el tiempo que pasamos en contacto con nuestro ser interior es un proceso de evolución psíquica que nos permite liberarnos de esa esclavitud. Desarrollamos habilidades innatas y ya no aceptamos la idea de que otros nos digan qué está bien y qué está mal.

»A menudo pensamos en un Dios todopoderoso, pero es solo la versión material del hombre lo que nos lleva a pensar que Dios puede hacerlo todo. Dios no es para el uso y consumo de los hombres, y no podemos pensar en cambiar la divinidad o la religión solo porque nuestras solicitudes no sean aceptadas. Somos los hombres los que hemos creado un icono material de la divinidad. Lo creamos a nuestra imagen y semejanza y esperamos que actúe de acuerdo con nuestras costumbres y manera de ser. Pero es una versión humana y extremadamente limitada de lo que Dios es realmente. Somos seres humanos y estamos acostumbrados a hacerlo desde una edad temprana, cuando culpamos a nuestros padres por las elecciones que hemos hecho nosotros mismos o cuando creemos que si nos equivocamos, fue culpa de otra persona.

»Dado que el ser humano se inclina a pensar que los problemas siempre se deben a causas externas a sí mismo, de la misma manera busca soluciones externas. Pero en realidad la solución siempre está dentro de nosotros. Tenemos miedo de pensar que somos parte de Dios, no queremos aceptar la idea de ser nosotros mismos los generadores de felicidad o infelicidad. A menudo nos sentimos felices solo si nos comparamos con los demás, como si tuviéramos que medir nuestro bienestar. La miseria adora la compañía. Creemos que estamos bien cuando vemos a alguien que está peor que nosotros. Consideramos nuestra felicidad un bien relativo, mientras que es algo infinito, divino y absoluto. El proceso de relativización es humano y absolutamente ajeno a Dios.

»En realidad, todos estamos conectados, todos somos parte de una sola entidad. Y es precisamente esta entidad macroscópica lo que nos une a todos en un ámbito espiritual para constituir la descripción más precisa y humanamente comprensible de la divinidad. Una energía infinita hecha de amor capaz de hacer que nos movamos todos juntos al unísono, como si fuéramos el mismo ser, y capaz de hacer que cada uno de nosotros brille en su máximo potencial.

Lo que Jack estaba describiendo me hizo pensar de inmediato en el inconsciente colectivo de Jung. El famoso médico psiquiatra, padre de la psicología analítica, de hecho, había planteado la hipótesis de la existencia de un inconsciente compartido por todos los hombres derivado

de nuestros antepasados y que prevé la existencia en la psique humana de ciertas formas que parecen estar presentes siempre y en todas partes, los llamados «arquetipos». Varios años de experiencia en psicoanálisis junguiano me han ayudado a plantear la hipótesis de que precisamente en esta *nube*, como llamaría al inconsciente colectivo un moderno experto en informática, reside también la información que extraemos cuando hacemos una regresión a vidas pasadas. Por lo que he podido entender observando a las personas durante las sesiones y escuchando atentamente las explicaciones que dan sobre nuestra existencia más allá del plano físico, parece que no hay separación entre nosotros. Nuestras almas están todas conectadas, forman parte de la misma energía y juntas conforman un solo organismo. Según la hipótesis de varias filosofías orientales, la individualidad es simplemente una ilusión terrenal, porque en el ámbito espiritual todos somos Uno.

—Pero desafortunadamente el hombre también prefiere considerar el amor como algo relativo —continuó Jack—. Y esto lleva a una guerra de energía donde el ego de todos trata de prevalecer. Esta guerra, que llevamos a cabo a lo largo de nuestra existencia en la Tierra, en lugar de hacernos felices y hacernos brillar, nos drena y nos condena a un sentimiento de insatisfacción y a una infelicidad casi perpetua. Por eso siempre necesitamos compararnos con los demás. Tratamos de robar la energía vital de los demás porque si lo hacemos, nuestro ego nos provoca una sensación momentánea e ilusoria de bienestar.

Pensé que aquel hombre tenía razón. Su reflexión no estaba privada de cierto significado. La relativización de la felicidad descrita de esa manera parecía una sensación malévola y de ninguna manera comparable al concepto de divinidad. Me hizo pensar que de algún modo se parecía al sentimiento de dominación y poder descrito por psicópatas y asesinos que se produce a su entender al apropiarse arbitrariamente de la energía de los demás de una manera violenta.

—Desafortunadamente, los hombres no pueden vivir bajo su propia luz. Para hacerlo, deberían aprender a absorber la energía gradualmente a través de toda una serie de elementos de la naturaleza sin dañarla. Entonces entenderían que ya lo tienen todo y no necesitan nada más. Pero, desafortunadamente, todo esto está en contradicción con la lógica de la economía y la sociedad que los seres humanos han introducido y mantenido a lo largo de los siglos, una máquina económica que favorece una oligarquía que te obliga a trabajar como un buey que hace girar la rueda de un molino.

—Sin embargo, me parece que lo que me estás sugiriendo, el hecho de que la divinidad está dentro de cada uno de nosotros, está en aparente contradicción con el primer mandamiento de la Biblia que dice textualmente «No tendrás otro Dios fuera de mí» —le señalé.

—Ese mandamiento se usó de manera instrumental. «No tendrás otro Dios fuera de mí» se refiere al ser interior. Es como decir: «No tendrás otro Dios fuera de ti». A

lo largo de nuestra vida nos vemos obligados a usar máscaras que identifican y conforman nuestro ser cuando nos relacionamos con los demás. Pero solo a través del conocimiento de tu propio ser, el verdadero, estás en conexión con Dios. Las otras son solo las máscaras que se hacen cargo dependiendo de la situación.

Efectivamente, lo que Jack estaba diciendo no era algo cazado al vuelo. Como resultado de algunas investigaciones, descubrí que los Diez Mandamientos propuestos en el catecismo no se corresponden exactamente con los antecedentes presentes en la Biblia (Torá) seguidos y enseñados por Cristo, cuyo primer mandamiento comienza precisamente con la frase «Yo soy el Señor, tu Dios...». Parecía una extraña coincidencia.

Mientras tanto, Jack había continuado su relato, siempre intercalado entre respiraciones profundas e intensas, a lo que, sin embargo, me iba acostumbrando lentamente.

—Solo pasando tiempo a solas y haciéndonos preguntas encontramos las respuestas. Las soluciones siempre están ahí. En lugar de preguntar a los demás o a un Dios externo, debemos aprender a hablar con nosotros mismos, con nuestra alma. Y nuestra alma siempre tiene la respuesta correcta. Y la mayoría de las veces es una respuesta simple e intuitiva.

Aquella última frase provocó en mí una sonrisa al mismo tiempo irónica y complacida, que el hombre con los ojos cerrados recostado frente a mí no pudo ver. Irónica

porque al escuchar sus palabras estaba presenciando la representación de un Cristo que se parecía más a un psicoanalista moderno que a un antiguo mesías. Y esto era particularmente extraño para mí, ya que la capacitación y la experiencia laboral de Jack tenían más que ver con la economía que con la psicología. Me sentí complacido porque en mi segundo libro, *Más allá del amor*,* había intentado demostrar, a través de informes de experiencias reales, las capacidades extraordinarias y casi extrasensoriales de nuestra intuición y cómo esta puede ayudarnos a percibir las pautas del universo. Jack, transmutado en Jesús, decía básicamente lo mismo y reiteraba el hecho de que el hombre puede alcanzar la felicidad solo si está en conexión directa con su alma. La única diferencia consistía en el hecho de que, al no ser practicante de la religión cristiana y católica, prefiero referirme a la divinidad con el término *Universo*. Durante los cursos y seminarios que llevo a cabo en todo el mundo, a menudo reitero que, en mi opinión, todos son libres de poner la etiqueta que consideren más apropiada a su Dios y llamarlo con el nombre que prefieran, sea Dios, Jesús, Alá, Yahveh, Brahma, Buda... o simplemente Naturaleza o Universo, como en mi caso.

—Se trata de un mandamiento tan subversivo que debe modificarse en su significado intrínseco para poder mantenerse. Las autoridades hijas del hombre tuvieron que cambiar el significado. Durante milenios, el mundo

* Publicado por Editorial Sirio.

entero ha girado en torno a una lógica de poder, los nombres, los estados o las naciones cambian, pero el hombre siempre trata de crear un enemigo para subyugar a los pueblos y las masas. Siempre lo ha hecho así. En mi época estaban los romanos, que eran los que subyugaban a otras naciones, a otras formas de pensar.

Pensé que era realmente extraña esa representación de Jesús de Nazaret que estaba presenciando de primera mano. Estaba a años luz de mi idea de Cristo. El hombre dócil y sumiso con la tierna y dulce sonrisa que me miraba desde la imagen del Sagrado Corazón colgada en la habitación de mi abuela cuando era un niño parecía tener poco que ver con el joven revolucionario y antisistema que se manifestaba ante mí ese día. Al escuchar sus palabras, se me ocurrieron muchas similitudes con nuestros tiempos modernos y me di cuenta de que nada había cambiado mucho desde entonces. El mensaje que surgía de las reflexiones de Jack era más actual. Pensé que tal vez sería necesario que viniera un mesías también hoy, dado que el mundo todavía parece estar dominado por oligarquías financieras que se ocupan de todo, excepto del bienestar de la gente. Pero preferí cambiar de tema.

—Mira profundamente a tu madre, a sus ojos color avellana. ¿Reconoces a alguien en ella?

—No es una sola persona. Su alma está presente en muchas personas. Algunas no están físicamente cerca de mí, pero sí lo están en el plano espiritual. No reconozco a nadie en concreto que esté presente en mi vida actual.

—Ahora mira profundamente a los ojos de Mary.

—Son oscuros y profundos. Son los ojos de una persona que está cerca de mí en este momento, mi compañera en la vida actual. En esta vida intento ayudarla a continuar lo que no ha podido hacer hasta ahora. Tiene los mismos defectos que entonces —dijo sonriendo con los ojos cerrados.

—¿Quiénes son las otras mujeres que están a los pies de la cruz? —pregunté con curiosidad.

—Está la otra María, llamada «la Samaritana», aunque en realidad entre nosotros no hay necesidad de llamarnos por nuestros nombres. Las mujeres pueden hablar conmigo casi telepáticamente. La mayoría de las veces solo una mirada, un simple gesto, un movimiento, una respiración es suficiente para entendernos. Me gusta hacerlas hablar, aunque a la sociedad de esa época no le agrada que las mujeres tengan voz. A menudo son las únicas que tenían algo inteligente que decir —dijo riendo.

—¿De qué color son sus ojos?

—Marrones. Pero no me recuerdan a ninguna de las personas en mi vida actual —respondió anticipando cuál habría sido mi siguiente pregunta—. Sé que la encontraré tarde o temprano. Puedo sentirlo —añadió.

—¿Quién más está ahí?

—Una mujer muy conocida. Es la mujer de un romano. La esposa de Pilatos, el que me envió a morir en la cruz. Ella había comprendido mi mensaje, pero no tenía poder alguno. Su esposo me temía porque sabía que yo no

podía ser engañado o comprado porque no le tenía miedo a nada. Quería demostrar a ojos de su esposa que él era el poseedor del poder. Me envió a morir por eso. Cualquiera mujer que se me acercaba quedaba fascinada, pero no me interesaban físicamente. Todas pensaban que podrían ser únicas para mí, pero no entendían que yo no podía ser de nadie. No vine para ser de nadie. Vine a enseñar precisamente eso, el hecho de que somos parte de un todo. No podía crear un contexto que hiciera pensar que alguien tenía privilegios sobre los demás. Habría ido en contra de mi forma de ser.

—¿Cómo fue tu relación con María la Samaritana?
¿Qué te ató a ella?

—Estaba agradecida porque la trataba como a un ser humano, cuando la querían muerta.

—¿En qué sentido la tratabas como a un ser humano?
¿Los demás no la trataban así?

—A las mujeres a menudo se les atribuían costumbres licenciosas. En general, las consideraban seres inferiores, por lo que se utilizaba cualquier excusa para denigrarlas. El simple hecho de que las mujeres tuvieran más intuición y pudieran entender toda una serie de cosas mejor que los hombres era visto como algo negativo que cuestionaba la supremacía masculina. A menudo culpaban a las mujeres «incómodas», por así decirlo, incluso de falsas posesiones demoníacas. Los hombres lo han hecho desde siempre, y no entiendo cómo algo así es todavía tolerable.

—Ahora me gustaría que miraras a Salomé también. ¿Puedes decirme si la reconoces? ¿Si esta alma también está presente en tu vida actual?

—Me está hablando.

—¿Qué te está diciendo?

—Me está diciendo: «¿Qué te está diciendo?».

—Es decir, ¿no se fía de lo que estás diciendo? —observé, tratando de entender qué significaba esa frase sin significado aparente, repetida como por un loro.

—Es que tal vez esta persona no quiere pensar en quién era en ese entonces. En este momento está muy cerca de mí físicamente.

—¿La conoces? ¿Es una amiga tuya? —pregunté.

—Es un hombre. En la vida actual es un hombre.

—¿Cómo es tu relación actual? ¿Cómo ha cambiado en comparación con la de hace más de dos mil años? —pregunté en ese punto, intrigado por aquella declaración.

Es una pregunta que hago siempre durante una regresión cuando la persona bajo hipnosis reconoce el alma de alguien presente en su vida actual. Es un momento crucial y muy importante que a menudo puede resolver problemas de naturaleza relacional que involucran a personas de su existencia actual. Retroceder en el tiempo y verificar cómo interactuaron sus almas durante las muchas vidas vividas juntas constituye una ayuda valiosa, capaz de modificar las interacciones entre las personas y garantizarles una vida más armoniosa y feliz. Muchas veces los nudos kármicos que establecemos durante una existencia

continúan acompañándonos en las posteriores. Desatar esos nudos tiene un efecto muy beneficioso en las relaciones interpersonales de nuestra vida actual.

Nunca en la vida hubiera esperado las palabras que salieron de la boca de aquel hombre en ese momento.

—Él es mi terapeuta —dijo, y agregó sin dudarlo—: Es muy bueno.

Su terapeuta... era... ¡yo!

Tardé muchos segundos, tal vez incluso unos pocos minutos, en recuperarme de la impresión. Mi cerebro comenzó a funcionar a toda máquina y a bombardearme *inputs*. Los pensamientos se acumularon en mi cabeza sin darme tiempo a procesar la información. La primera reacción fue de rechazo: me sentí engañado porque pensaba que había pocas posibilidades de haber compartido una vida pasada con un perfecto extraño. Me sentí casi ofendido porque su testimonio trataba de asimilar mi experiencia con la suya, que, hasta que no se demostrara lo contrario, por el momento me había parecido poco menos que un delirio. Acostado frente a mí había alguien que estaba teniendo una experiencia «singular», y hasta aquí nada nuevo, pero el hecho de que ahora yo formara parte en primera persona de esa experiencia era una historia completamente diferente. Es cierto, durante años me he dedicado a un tema controvertido como la regresión a vidas pasadas y he abierto mi mente a la posibilidad de que la realidad que nos rodea no se limite necesariamente a nuestros cinco sentidos, pero sígolo siendo una

persona cuya formación y enfoque siempre han sido lo más concretos y empíricos posibles. Esto era demasiado hasta para mí.

Sin embargo, el desconcierto inicial dio paso a un recuerdo de algún tiempo anterior, que mi mente decidió evocar en ese preciso momento. No estoy acostumbrado a compartir experiencias de regresión personal, pero lo que estoy a punto de contar es realmente increíble. Era el mes de marzo de hace cuatro o cinco años y estaba en Israel por unos días. Me habían invitado gracias al éxito de la versión en inglés de mi primer libro, *Nunca es el final*.^{*} El día anterior a mi partida para regresar a Europa, después de los compromisos relacionados con mi profesión, la organización que me había invitado había cumplido mi gran deseo y se había encargado de planificar una visita privada a Jerusalén. Para mi sorpresa, el guía turístico que a la mañana siguiente vino a recogerme al hotel en un Range Rover gigante era un profesor universitario especializado en teología. El corto viaje de Tel Aviv a Jerusalén se convirtió en una agradable lección sobre las religiones de Abraham. Mi cultura en el campo teológico es tan limitada que todavía me pregunto hoy mientras redacto estas páginas cómo es posible que yo sea quien escriba este libro. Mi guía era un hombre llamado Moshe, de unos sesenta años, aunque, gracias a su constitución atlética y el bronceado, aparentaba muchos menos. Mientras recorríamos

* Publicado por Editorial Sirio.

las hermosas calles soleadas y contemplaba la vegetación sentado en aquel cómodo asiento de cuero, Moshe se dedicó a contarme la historia de la raíz común de las tres religiones de Abraham (judaísmo, cristianismo e islam). A mis ojos resultó nuevo y sorprendente cómo estas tres doctrinas, aparentemente tan diferentes hoy, podían haberse originado de la visión del mismo hombre. A la mayoría de los musulmanes, cristianos o judíos probablemente no les gustará escucharlo, pero las tres religiones, además de compartir la misma raíz, tienen muchas cosas en común. Como nunca había hecho catecismo ni estudiado los Evangelios, no tuve vergüenza alguna de admitir mi ignorancia sobre el tema. De hecho, creo que a efectos de la veracidad de la historia que voy a contar en este libro, mi ignorancia puede ser un valor agregado, ya que me será más fácil transmitir las percepciones de un espectador ajeno.

Ese día en Jerusalén había resultado especial desde el principio; me habían dado un tratamiento vip que incluía acceso privado a los principales lugares de interés, siempre acompañado por el sabio Moshe.

Pensé que Jerusalén era una ciudad realmente increíble. Por todas partes flotaba la historia, y las tres culturas religiosas, en lugar de ser conflictivas, parecían coexistir perfectamente en una atmósfera de armonía casi sobrenatural. Nací y viví los primeros años de mi vida en Roma y siempre había respirado el aire de antigüedad y solemnidad que la distingue. Sin saberlo, también era un tanto

chovinista y presuntuoso, ya que a menudo los habitantes de Roma están acostumbrados a considerar su ciudad como la más antigua del mundo, el origen de todo. Estaba equivocado. Tan pronto como puse un pie en Jerusalén, a mis ojos Roma se convirtió repentinamente en una ciudad «moderna», en una Nueva York de hace dos mil años. La sensación que tuve fue que todo había comenzado allí, en Jerusalén.

Desayunamos en la parte trasera de una panadería típica donde probé los verdaderos *bagels* israelíes espolvoreados con *zaatar*, con un aroma y un sabor inconfundibles, planos y largos y no en forma de rosquilla como los que había comido en los Estados Unidos cuando era niño. El recorrido por las tres religiones me llevó luego al monte de los Olivos, al Vía Crucis, al Santo Sepulcro y a la mezquita de al-Aqsa, para terminar con lo que ya consideraría desde entonces como la gran atracción: el Kotel, o el Muro de las Lamentaciones.

Habíamos logrado entrar por el lado izquierdo del templo gracias a una autorización especial y una escolta que nos seguía a todas partes, un detalle que me hizo sonreír y que me sorprendió bastante, porque los que me invitaron debieron de pensar realmente que yo era un pez gordo, y quizá no sabían que mi fama como escritor no era tanta como para necesitar protección. En cualquier caso, la escolta había resultado muy útil para acceder a lugares inaccesibles. Moshe me contó brevemente la historia del muro y luego, después de preguntarme si quería orar, se

alejó, dejándome unos minutos. Estaba realmente solo frente a una parte del enorme edificio milenario; el resto de los peregrinos estaban en el área abierta al público más allá de una valla. Según la tradición, aunque no soy judío, al menos en esta existencia, puse la mano derecha en el muro y apoyé la frente.

Tan pronto como cerré los ojos, las imágenes comenzaron a aparecer. Y la información de toda una vida llegó de repente, en unos pocos segundos. Involuntariamente tuve una regresión espontánea. Ya no era Alex, de cincuenta años, en el siglo XXI, sino una mujer joven en el siglo I. Era muy hermosa, sabía que no tenía una tez clara, sino un poco oscura, ojos grandes y cabello castaño largo y rizado. Era alta y llevaba una túnica larga blanca que parecía vieja o tal vez estaba sucia, con un cordón en la cintura y un par de sandalias de cuero. Era exactamente el año 17 d. C. y estaba en Jerusalén. Era judía y sostenía en mis brazos a un niño de unos siete u ocho años de edad, también vestido con una túnica ligera. Su cabello era rizado como el mío y se lo acariciaba mientras lo mantenía cerca de mí. Mi hijo tenía una tez ligeramente más oscura que la mía y también era delgado y bastante alto para su edad. Todas estas imágenes me llegaron con una claridad y una velocidad que las hizo inequívocas, sin dejarme ni siquiera las fracciones de segundo necesarias para que mi cerebro las analizara y posiblemente dudara de ellas. Sabía que tenía que huir y protegerlo porque había una persecución contra los judíos ordenada por los romanos (solo

después de esa experiencia supe que, de hecho, en esos años hubo una feroz cacería de judíos promovida por el emperador Tiberio).

Los judíos siempre han sido un pueblo perseguido, y me vino a la mente que todavía en nuestros días hay quien niega el Holocausto. Algunos se empeñan en argumentar que los campos de concentración nunca existieron. Yo mismo he conocido a más de una persona que fue recluida en esos campos y he escuchado el testimonio de sus escalofriantes relatos sobre el acoso, la tortura, la desnutrición y los asesinatos. Una mujer que conozco perdió a todos sus seres queridos en Auschwitz; fue la única superviviente de su familia en la ciudad donde vivía.

Mientras tanto, el flujo de información no había sido interrumpido por mi reflexión. Junto con un gran grupo de personas huíamos de Jerusalén rumbo al desierto, el único lugar donde tendríamos alguna oportunidad. Unas pocas bestias de carga transportaban los víveres e incluso mi hijo, a pesar de su corta edad y de su constitución magra, caminaba cargado de alimentos. Estaba sola porque mi esposo se había quedado en la ciudad tratando de defender los negocios familiares y se pondría a salvo más tarde. Estábamos cansados porque llevábamos todo el día caminando y encontramos refugio debajo de unos árboles bastante bajos —me parecieron olivos, o tal vez simplemente lo sabía, porque la información me llegó al instante, como todas las demás—. Sin embargo, las nociones de botánica de Alex en la vida actual no me habrían

permitido entenderlo. Mi hijo, exhausto, y yo nos quedamos dormidos abrazados debajo de uno de aquellos árboles. De esa vida también supe que mi esposo sobreviviría y en unos meses se uniría a nosotros en la nueva ubicación donde nos habíamos establecido. Mi hijo crecería con nosotros, pero nos dejaría inmediatamente después de la adolescencia para seguir su camino por lugares alejados de nuestro hogar.

—Deberíamos irnos —dijo Moshe, mi guía turístico, despertándome de repente de aquel intenso *déjà vu*.

Abrí los ojos todavía aturdido, aunque solo habían pasado unos minutos, y dije que sí casi automáticamente. Mi mente todavía estaba llena de los increíbles recuerdos de aquella vida pasada. No había recibido más detalles sobre la existencia de esa joven judía, pero supe perfectamente que el resto de la vida que les esperaba tanto a ella como a su hijo estaría lleno de satisfacciones. Una profunda sensación de paz y bienestar me invadió. Estaba a miles de kilómetros de mi lugar de residencia y, sin embargo, me sentía como en casa.

La regresión espontánea en Jerusalén había tenido lugar bastante tiempo antes de la sesión de ese día con Jack/Jesús y, sin embargo, había coincidencias que me inquietaban. Las fechas, la mujer judía alta de tez morena y cabello largo y rizado, su vestido... Mi cerebro escéptico y racional me señaló que probablemente habría miles de mujeres como aquella en ese período histórico. No obstante, me sentía aturdido y estaba perdiendo la

lucidez habitual que me caracteriza cuando me dedico a mi trabajo.

Estaba realmente confundido. Así que decidí que tal vez era mejor dejar pasar ese día y enseguida terminé la sesión con Jack. Aplacé las explicaciones y las muchas preguntas que bullían en mi cabeza para la próxima sesión y establecí una cita para la semana siguiente. Recogí mis cosas y traté de salir de mi consulta lo antes posible, pero también me temblaban las manos. Tanto el bolígrafo como el cuaderno de notas se me cayeron al suelo y apenas tuve tiempo de salvar el ordenador portátil, que no habría sobrevivido intacto a la caída.

Por la carretera, conduciendo de camino a casa, recordé aquel encuentro improbable e increíble. ¿Cómo podría tener sentido todo eso? Aquello ponía a prueba seriamente incluso mi larga experiencia con personas no convencionales, por así decirlo. Al llegar a casa, más de una hora y media después, todavía estaba muy conmovido y varias preguntas seguían repitiéndose en mi cabeza. No tenía ni idea de qué podría haber detrás de ese extraño encuentro y qué me esperaba.